

POR LA

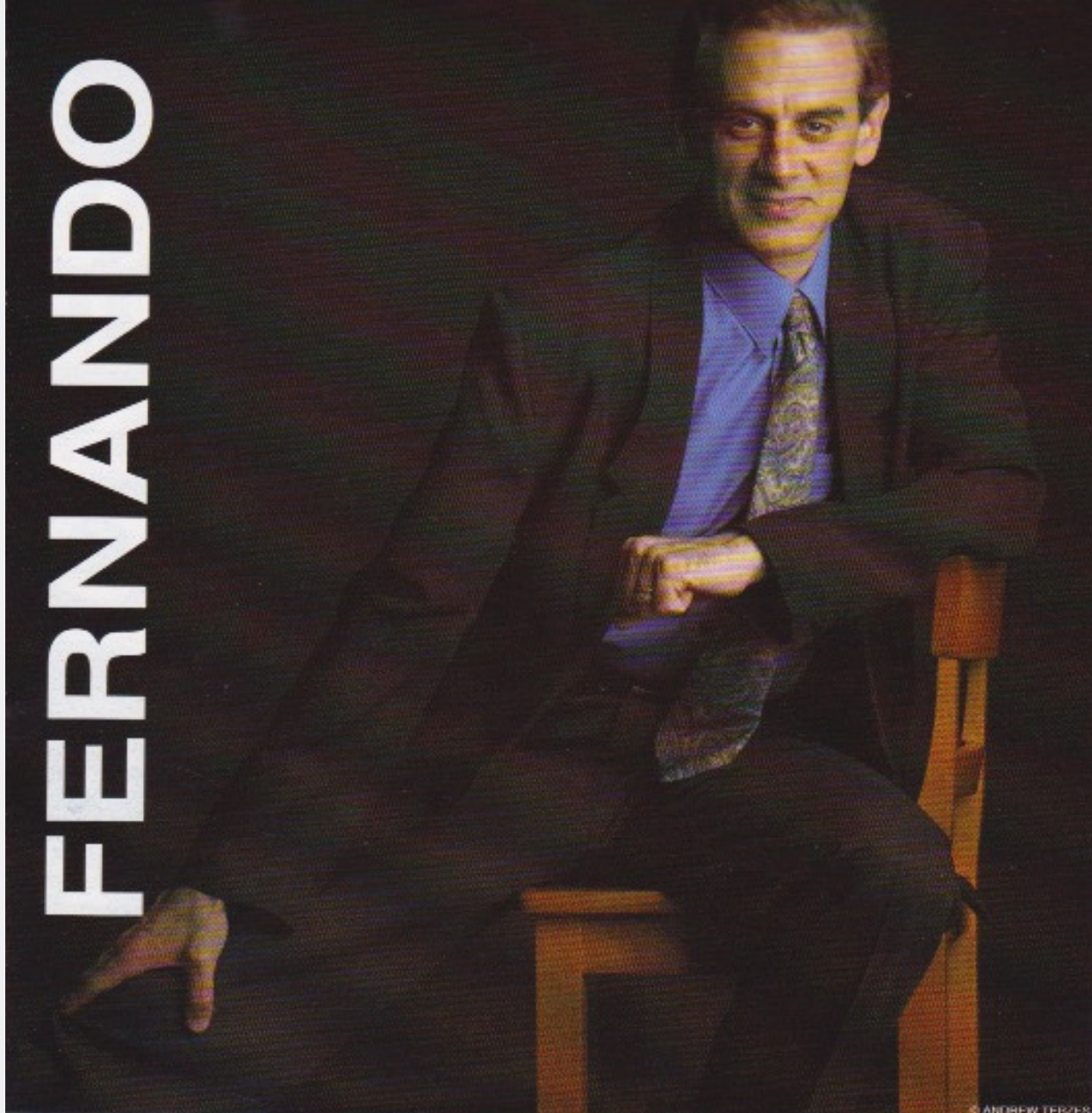
DANZA



LUCÍA
etérea



FERNANDO

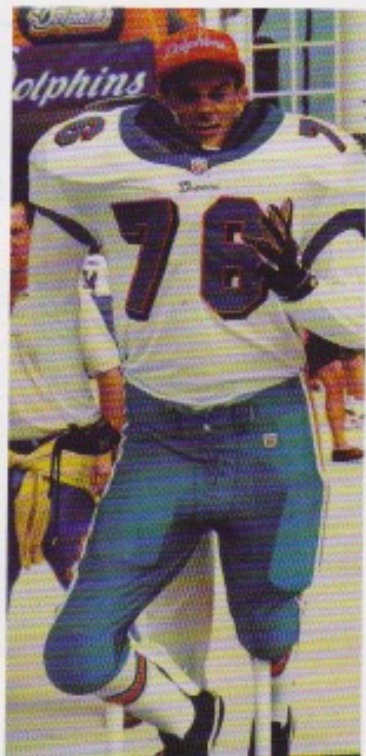


© ANDREW TERZER

A un verdadero amigo

Recuerdo que la primera vez que vi bailar en directo a Fernando Bujones fue en el año 1984 en el Teatro de la Zarzuela de Madrid junto a Cynthia Gregory, invitados por el Ballet Nacional Clásico dirigido en aquel entonces por Dña. María de Ávila; en aquel momento yo contaba con catorce años y a pesar de mi juventud quedaron grabados en mi retina como momentos inolvidables de puro arte: el *Don Quijote pas de deux* y *El cisne negro pas de deux*; al finalizar la actuación logré entrar en los camerinos para que él y el resto de artistas invitados a la gala me firmaran un autógrafo en el programa oficial de la

compañía (el cual todavía hoy conservo). El destino estaba escrito en ese autógrafo: conocí personalmente a Fernando años más tarde, en 1991, en Madrid, junto a la que posteriormente se convertiría en su esposa, María, durante los ensayos que el Ballet de Boston realizaba en la capital de cara a algunas actuaciones en territorio español: se iniciaba en esos momentos una gran amistad llena de humanidad, emociones, recuerdos, proyectos... pero el destino, a veces demasiado caprichoso, quiso que se marchara rápidamente de entre nosotros el pasado mes de noviembre, sin estridencias, sin tiempo para despedirme, para despedirnos.



Se necesitaría un número especial de la revista "Por la Danza" para recordar y explicar quién ha sido Fernando Bujones tanto desde el punto de vista artístico como humano.

Desde esta pequeña ventana, recordar algunos aspectos que marcaron su vida como su gran capacidad de trabajo y su perfeccionismo, su amor y dedicación absoluta a la danza, su trato con los bailarines (recuerdo, por ejemplo, la elaboración de las tablillas para las actuaciones del Ballet Clásico Mediterráneo en Madrid en Danza 1997; hasta altas horas de la madrugada, ya que él quería dar las máximas oportunidades a cada uno de los bailarines, y por ello daba vueltas y vueltas a varias combinaciones, a modo de entrenador de fútbol, con una plantilla amplia en vísperas de un importante partido); su generosidad a la hora de transmitir sus conocimientos, tanto a los bailarines profesionales de las compañías que él dirigió, como a los alumnos de todos los niveles que asistieron a sus clases a lo largo y ancho de todo el mundo (EE.UU., Alemania, España, México, París o Dinamarca); su honestidad y rectitud personales y, por supuesto, su carácter afable y sencillo, que le llevaba a compartir momentos extrovertidos, desenfadados, humanos o realistas con todas las personas que le rodeaban.

Se deberían acallar muchas opiniones que se vertieron durante su trabajo aquí en España con el Ballet Clásico Mediterráneo o sobre su fichaje "fantasma" por el Ballet de

Zaragoza, aireado por la prensa y cargos políticos locales antes de que nada estuviera firmado... pero no es la tribuna adecuada ni el momento oportuno.

Mejor recordar anécdotas como la de la noche en que se despidió del público del Metropolitan de New York, en 1995, bailando su último *Giselle*. El éxito fue total con una ovación final absolutamente interminable, con el reconocimiento de compañeros de reparto, público y prensa, en el mismo escenario tras el cierre del majestuoso telón. Lo primero que hizo al vernos a mí, a mi familia y a otros amigos, todavía maquillado y sudoroso, fue abrazarnos y presentarnos a todos los que allí se encontraban, como su familia española, que había viajado durante horas para verle bailar... y añado ahora, no sólo para verle bailar sino porque como persona, como amigo, se merecía que estuviéramos allí en una noche tan especial como aquella.

A los que tuvieron la suerte de conocerle, a los que trabajaron en la compañía o a los que asistieron de manera fiel durante años a sus clases magistrales en España, me gustaría cederles la palabra para que pudieran rellenar un gran mural blanco a modo de despedida y dedicárselo con todo el cariño y afecto posibles. Por mi parte, sólo añadir gracias, gracias Fernando por haberme enseñado tu sentido de la amistad: no fuiste sólo un amigo verdadero sino un verdadero hermano. Hasta siempre. \blacktriangleleft

Por Alessandro Pierozzi

